

Dani Shapiro

SEÑALES EN LA NOCHE

Traducido del inglés por Elia Maqueda

Título original: *Signal Fires*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022 by Dani Shapiro
© de la traducción: Elia Maqueda, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-142-7
Depósito legal: M. 190-2023
Printed in Spain

Este libro es para Jacob

Si la tierra es un cementerio y el mar
un osario de almas, encended señales en la noche
allá donde estéis.
Al alba, echad las barcas al mar.

CAROLYN FORCHÉ
Mourning

27 de agosto de 1985

Sarah y Teo

Y en realidad no es nada, o podría no ser nada, o debería no ser nada, el hecho de inclinar la cabeza hacia delante para presionar la punta del cigarro contra el encendedor del coche. Crepita al contacto, con un sonido particular de este fugaz momento en la historia en que los coches tienen mechero y los quinceañeros, por otra parte, sensatos, fuman Marlboro Reds y conducen el Buick de su madre sin carné de conducir. Hay una chica a la que quiere impresionar. Se llama Misty Zimmerman y, si sobrevive a esta noche, de mayor será editora de una revista o profesora de instituto o abogada. Será madre de tres hijos o no tendrá ninguno. Morirá joven de cáncer de ovarios o vivirá hasta conocer a sus bisnietos.

Pero estos son solo los posibles arcos de una vida, un puñado de estrellas fugaces en el cielo nocturno. Si cambia una cosa, todo cambia. Un temblor aquí provoca un seísmo allá. Una falla se hace más profunda. Alguien tropieza con un cable. Él pisa el acelerador.

No sabe muy bien lo que hace, pero eso no va a detenerlo. Está crecido, como cualquier chaval de quince años. Tiene que demostrar algo. A sí mismo. A Misty. A su hermana. Como si siguiera un guion escrito en braille, pasa los dedos por encima de un código que no comprende.

—Theo, más despacio.

Es su hermana, Sarah, desde el asiento trasero.

Misty va de copiloto.

Ha sido Sarah quien le ha tirado las llaves del coche de su madre. Sarah tiene diecisiete años. Después de esta noche, se convertirá en un misterio para él. El cielo estival es un velo que alguien ha echado sobre la luna y las estrellas. Las calles están en silencio, la buena gente de Avalon lleva ya un rato en casa. Sus padres están dormidos en su cama de matrimonio bajo la colcha de ganchillo tejida por una paciente de su padre. Su madre tiene el sueño profundo, pero su padre está entrenado por toda una vida de médico para despertarse a la mínima. Siempre está preparado.

Los adolescentes no buscan problemas. Son buenos chicos... Todo el mundo diría eso de ellos. Pero están aburridos; el verano toca a su fin; las clases empiezan la semana siguiente. Sarah va a cursar su último año de instituto y después se irá. Es una superestrella, su hermana. Practica varios deportes, saca sobresaliente en todo. Rezuma potencial. A Theo aún le quedan tres años y no destaca en nada. Es un chico rellenito, más bien callado y tímido. Se sonroja con facilidad. Nota que se le ponen las mejillas coloradas mientras sostiene

ne el mechero e inhala, oye el chisporroteo, aspira el humo hasta el fondo de los pulmones. Su padre —cirujano neumólogo— lo mataría. Quizá por eso Sarah le ha dado las llaves. Quizás esté intentando ayudarle; conseguir que haga algo, joder. Que corra algún riesgo. Mejor ser malo que no ser nada.

Misty Zimmerman solo pasaba por allí. Es Sarah quien le ha dicho que se venga. Sarah, que hace por Theo lo que Theo no puede hacer por sí mismo. Si cambia una cosa, todo cambia. El Buick baja a toda velocidad por Poplar Street. Misty se despereza y bosteza en el asiento del copiloto. Theo gira a la izquierda y luego a la derecha. Va cogiéndole el tranquillo. Pone el intermitente y se dirige a la autopista. Cuando pasan por delante del centro comercial, mira a ver si el Burger King sigue abierto.

—¡Cuidado! —chilla Sarah.

Él da un volantazo y vuelve a su carril, con el corazón a mil por hora. Ha estado a punto de chocar contra el guardarraíl. Abandona la autopista por la siguiente salida y levanta el pie del acelerador. Quizá no haya sido buena idea. Quiere irse a casa. También quiere otro cigarro.

—Para —dice Sarah—. Yo conduzco.

Theo busca un lugar donde parar. No tiene ni idea de cómo se aparca. Sarah tiene razón: esto es una estupidez.

—Bueno, mejor no, déjalo. No puedo —dice.

Ya están casi en casa. Es como una canción dentro de su cabeza: «casi en casa, casi en casa, casi en casa».

Solo quedan unas cuantas manzanas. Pasan por delante de la casa de los Heller y luego por la de los Chertoff.

Cuando se inclina hacia delante, a Theo se le resbala el mechero de los dedos y se le mete por el cuello abierto de la camiseta. Deja escapar un grito e intenta cogerlo, lo que solo consigue empeorar las cosas. Arquea la espalda para que el cacharro de metal ardiendo se suelte, pero se ha quedado atrapado entre los pantalones y el ombligo. Huele a carne chamuscada. Le dejará una cicatriz en forma de medialuna perfecta y brillante. Años después, cuando una amante repase la marca en su vientre con el dedo y le pregunte cómo se la hizo, él se dará media vuelta. Pero ahora... Ahora su futuro sale disparado como rayos gamma desde dentro del coche en movimiento. Tres estudiantes de instituto. ¿Y si Sarah hubiese salido con sus amigos aquella noche? ¿Y si Misty hubiese puesto cualquier excusa? ¿Y si Theo hubiese sucumbido a lo que le pedía el cuerpo y se hubiese hecho un bocata de salami con mucha mostaza y se lo hubiese subido a la cama?

El volante da vueltas sin parar. Los gritos de los adolescentes en mitad de la noche. «Theo no para Dios joder ayuda» y no se oye el chirriar de frenos... Nada que amortigüe el impacto. El impacto del metal contra un viejo roble: el sonido de dos mundos colisionando entre sí.

El guardabarros y el lado derecho del Buick se estrujan como si fuera un coche de juguete y todo fuese una simulación. Arriba, en el primer piso de la casa de

Benjamin y Mimi Wilf, una luz se enciende. Una ventana se abre. Ben Wilf contempla la escena durante una fracción de segundo. Cuando llega a la puerta de la casa, su hija, Sarah, está de pie frente a él —«gracias a Dios gracias a Dios gracias a Dios»— con la camiseta y la cara salpicadas de sangre. Theo está a cuatro patas en el suelo. Parece ileso. «Gracias a Dios gracias a Dios gracias a Dios.» Pero entonces...

—Papá, hay una chica en el coche...

Misty Zimmerman está inconsciente. No lleva cinturón —¿quién se pone el cinturón?— y tiene una brecha en la frente por la que brota sangre. No hay tiempo de llamar a una ambulancia. Si esperan a que lleguen los servicios de emergencia, la chica morirá. Así que Ben hace lo que tiene que hacer. Se cuela por la puerta del conductor, coge a la chica por las axilas y la saca.

—¡La camiseta, Theo! —vocifera.

A Theo se le revuelve el estómago. Va a vomitar. Se quita la camiseta y se la lanza a su padre. Ben le levanta la cabeza a Misty y se la envuelve con la camiseta, tensándola para hacer un torniquete. Su mente se ha puesto en modo lento y silencioso. Es muy buen médico. Le toma el pulso a la chica.

Mimi está en los escalones del porche, con el camión ondeando al viento que parece haber empezado a soplar de la nada.

—¿Qué ha pasado? —grita Mimi—. ¿Sarah? ¿Theo?

—He sido yo, mamá —dice Sarah—. Yo conducía.

Theo mira a su hermana.

—Eso ahora no importa —dice Ben en voz baja.

Por toda Division Street, los vecinos se han despertado. El golpe, las voces, la electricidad en el aire. Alguien debe de haber llamado a la ambulancia. A lo lejos se oye una sirena. Ben lo sabe antes de saberlo, de esa forma tan instintiva. No veía bien cuando ha sacado a la chica del coche porque estaba oscuro. Solo se ha fijado en la herida de la cabeza, en la hemorragia incontrolable. Ahora ya lo sabe: tiene el cuello roto. Y ha hecho lo peor que podía hacer. La ha movido. En los días posteriores, contará la historia a las autoridades, al equipo de emergencias, a los padres de Misty. La historia —que Sarah conducía, que Misty iba de copiloto y Theo detrás— no se cuestionará. Ni esta noche ni nunca. Se convertirá en un profundo secreto familiar tan peligroso que nunca será verbalizado.